

CELCIT. Dramática Latinoamericana 352

COMO PAPEL DE SEDA

María Rosa Pfeiffer

PERSONAJES: M (2)/ F (1)

Ana: Una mujer de unos 40 años. Está por recibirse de Física-matemática.

Germán: Un muchacho varios años menor. Pareja de Ana. Fotógrafo, trabaja en la morgue.

Santiago: Un hombre de más de 70 años. Profesor de la tesis final de Ana.

"Del este y el oeste y el norte y el sur

llegaban las mujeres con los corazones guardados en las valijas,
envueltos cuidadosamente en papel de seda." (Ray Bradbury)

Lugares:

- Un pequeño departamento donde viven Ana y Germán.
- El jardín de la casa del profesor, cerca de las vías del ferrocarril.

Intermitentemente se oyen pasar los trenes.

Lo silencios serán largos e intensos.

ESCENA I

El festejo

Una mesa. Un par de sillas. Unas finas sogas, atravesando el espacio con broches, alguna prenda colgada, un par de globos.

Semioscuridad. Es el cumpleaños de Ana. Germán entra con una pequeña torta con 40 velitas encendidas. Canta "Que los cumplas feliz". Pone la torta delante de Ana. Ella está contenta. Cierra los ojos para pedir tres deseos.

Germán: -¡Esperá, esperá, no soples! (Corre a buscar la cámara fotográfica. La bombardea a fotos. De todos los ángulos. Ella se ríe con los ojos cerrados).

Ana: -Ya está - (Abre los ojos, sopla las velas)

Germán enciende la luz. Se dispone a sacarle más fotos. Ana cambia abruptamente de actitud. Se pone seria.

Ana: -¿Con qué cámara me estás sacando?

Germán: - Quedate tranquila. No con la del laburo.

Más fotos. Ana hace gestos a la cámara. Por fin se tapa la cara con las manos.

Ana: -¡Basta, Germán! Después me veo horrible en todas. -

Germán la besa y pone la cámara delante. Saca una foto del beso.

Germán: -Mmm ¡Qué mujer tan fea!-

Ana lo besa apasionada. Germán deja la cámara sobre la mesa. Responde al beso y la empuja suavemente hasta la mesa. Ella se apoya y sin querer toca la cámara. Se sobresalta. La observa.

Ana: -¿No me mentís?

Germán: - No. Esta es nueva. Una Nikon. Exclusiva para vos mi amor.

Vuelve a besarla, mientras saca la cámara de la mesa, y al tanteo, pero cuidadosamente, la pone sobre una silla.

ESCENA II

La tesis.

Ana y Santiago sentados en el jardín. Papeles y libros sobre la mesa. Ana toma apuntes.

Ana: (leyendo)- "El nuevo paradigma propone un orden que surge del caos, que asombra por su variedad e insólita belleza, y atiende a la diversidad de encuentros. En la proximidad de esta frontera , se desarrolla la estampida."
(Reflexionando) Es un paradigma que abarca el riesgo.

Santiago:- Ahí está el punto. Aceptar el riesgo es una elección indispensable.

Ana acerca el sillón a la mesa. Busca entre sus papeles. Cruza las piernas. Toma nota. Santiago se queda por un instante con los ojos fijos en las piernas de ella.

Pasa un tren.

Santiago: - ¿Cómo se lleva usted con el caos?-

Ana: (desconcertada) - ¿Cómo?-

Santiago: (risueño) No me haga caso. Podemos tomarnos un recreo. ¿Le parece?-

Ana: (Interrumpiéndose) - Sí, claro, como usted quiera.

Silencio.

Santiago: -Disculpe mi curiosidad. ¿Trabaja usted?-

Ana:- Sí, por las mañanas, en el tribunal de cuentas.

Pausa.

Santiago: - ¿Está casada?

Ana: -Sí, bah, en realidad, no casados, vivimos juntos. Hace ya dos años. (Con vergüenza). Es mucho más chico que yo.

Santiago: (Se ríe) - ¿Sí?

Ana: -Es muy buen fotógrafo.

Santiago: (Sonríe) -Lo quiere.-

Ana: -Es especial.

Pausa.

Santiago: - Así que su muchachito es fotógrafo. Interesante oficio ese de detener el tiempo, de fijarlo para siempre.-

Ana: (Sin poder disimular su incomodidad) -Sí, depende de lo que se fije.

Santiago: (Sin percibir la incomodidad de Ana, sigue con su línea de pensamiento)

-¿Sabe Ana? Casi no duermo. Antes de que amanezca me levanto, recorro la casa a oscuras.Voy tocando los muebles, las paredes, los libros, con el dedo. Como cuando era chico y andaba por la calle con los ojos cerrados, así, igual, tocando las paredes, los árboles, los tejidos, con el dedo. Cuando llegaba me mandaban a lavarme las manos, y yo dejaba el dedo levantado para que no lo tocara el agua. (Se ríe). Así me guardaba los olores de afuera. (Disfrutando del recuerdo, apasionado).Cuando me acostaba y ya no se escuchaba ningún ruido, me olía el dedo, y volvía a sentir las lisuras, las rugosidades, el polvo. Ahora sé que así las fijaba para siempre. (Se mira las manos, se las escarba) Se podría decir que la vida está acá, que es todo lo que uno tocó. (Pausa). Su muchachito debería fotografiar manos ¿no le parece?-

ESCENA III

El silencio

Germán recién termina de tomar una ducha, el pelo mojado, una toalla envuelta en la cintura. Está sentado, con una acentuada expresión de tristeza.

Ana aparece con un bulto de ropa en las manos, mira hacia fuera, va hacia un canasto y pone la ropa, empujando.

Ana: - Otro día horrible. En cualquier momento el canasto vomita. ¿Pusiste igual tu ropa en remojo, no? (Se acerca, lo huele. Se sienta sobre su falda). Ahora sí. (Lo besa. Se separa un poco, mira a Germán). Mi amor ¿estás bien?

Germán responde que sí con un gesto de cabeza.

Ana: -No, no estás bien. ¿Qué te pasa?

Germán: -Nada.

Ana: - ¿Cómo nada? (A medida que Ana habla, Germán va entrando en un mutismo cada vez mayor) ¿Estás enojado conmigo? ¿Hice algo que te molestó? (Pausa). ¿Viste algo especial hoy? (Pausa). No puede ser que no me contestes. Algo, decime algo. Me pone loca verte así.

Pausa. Le toma la cara entre las manos. Lo mira.

Fumaste.

Germán niega moviendo la cabeza. Ana lo abraza.

Desde que estamos juntos ya es la tercera vez que te da esto. Siempre pregunto lo mismo y siempre te quedás mudo. Quiero ayudarte. No sé que hacer. La última vez me quedé callada dos días enteros, hasta que se te pasó. Cuando no estabas hablaba sola, me decía que tenía que entenderte, tenerte paciencia. Pensaba que tal vez tenías ganas de irte y no te animabas a decírmelo. Cuando llegabas hacía un esfuerzo tremendo para sonreírte, y como no tenía respuesta, me sentía

una estúpida. Y me enojaba, conmigo, con vos. Pero no quiero más que sea así. Voy a hablar, voy a hablar, voy a hablar hasta que...

Ana golpea a Germán en el pecho.

Ana: -¡Parecés un muerto!

Llora. Germán le acaricia la cabeza.

Ana:- Perdoname.

Germán: - No. Perdoname vos.

Pausa.

Ana: - Si nos vamos, si conseguís otra cosa, cualquiera sería mejor que ese laburo de mierda... esto no va a volver a pasar ¿no?

Germán la aleja suavemente. Busca una cubeta, la examina. Comienza a sacar fotos húmedas y las cuelga en los piolines que se extienden de pared a pared.

Ana lo observa con impotencia, mira las fotos que va colgando. Estalla.

Ana: -¡No pienso comer en medio de este circo!

Ana sale. Germán le habla como si todavía estuviera.

Germán: - Son de un casamiento.

Pausa.

Algunas noches, cuando estoy de guardia, y todo es silencio (sonríe) de muerte, trato de acordarme de cuando era chico. Se me aparece una y otra vez la misma imagen: mi mamá pone la olla humeante en la mesa, sirve la sopa primero a mi papá, después a mi hermana, después a mí, por último a ella. Yo con las manos apretadas entre las dos piernas, miro el plato, no quiero comer. Mudo.

-¿Qué? ¿Otra vez te agarró “el burro”?- pregunta mi papá.

Creo que “el burro” para él era una manera graciosa de justificar los pozos de tristeza donde sin ninguna razón aparente yo solía caer. Y otra vez mi mamá que trae la olla, mete el cucharón, sirve, los ojos de mi hermana fijos en mi cara, yo miro hacia abajo las manos entre las piernas, él que pregunta: -¿Germán anda con “el burro”?- y se larga una carcajada. Así, todas las veces, el mismo y único recuerdo.

Germán se da cuenta de que Ana ya no está.

¿Entendés? (Pausa). Te quedás más tranquila, creo. Ya no me vas a preguntar.

ESCENA IV

El descubrimiento

Ana está sentada en su departamento.

Santiago en el jardín de su casa. Alternadamente, habla a sus manos, mientras las escudriña, y al sillón como si en él estuviera Ana. Está alterado, como un muchachito que ensaya una declaración.

Santiago: -¿Vio Ana que la facultad es un laberinto de corredores iguales, de aulas iguales, diseñada por algún arquitecto racional que multiplicó un módulo por sí mismo, y por otros módulos iguales? (Dibuja en sus manos). Así los alumnos, tantos, se parecen entre sí. No puedo distinguir a unos de otros, salvo entre hombres y mujeres. (Al sillón). No retuve su cara cuando vino a pedirme que fuera profesor de su tesis. Recuerdo sí el extremado respeto con que se dirigió hacia mí. Se la notaba nerviosa y excitada, con cierto aire provinciano. (Ríe) Claro, estaba hablando con el “Doctor Honoris Causa” ...

Pausa.

Usted apareció por uno de esos corredores, saliendo de quien sabe qué lugar del laberinto. (Busca en sus manos).

Pausa.

¿Sabe? En todos estos años construí una especie de barrera que me protege de los colegas, de los alumnos obsesivos. Cuando usted me presentó el tema de su tesis y empezó a desarrollarlo apasionadamente, yo debo confesarle que en realidad no la escuché. (Al sillón) La veía gesticular delante de mí, pero miraba detrás suyo. Pensaba en otras cosas, en mis propias ideas, en mis rutinas diarias, se me aparecían algunos recuerdos.

Pausa.

Últimamente el rostro de Ángela se me desdibuja. Puedo ver sus manos removiendo la tierra del jardín, regando las plantas o doblando elegantemente las servilletas. Pero sus ojos, me cuesta tanto encontrarlos. Siento que un velo cada vez más espeso me separa de ellos a medida que se suman los aniversarios de su muerte. (Rastrea en sus manos).

Pasa un tren.

Ana: -...Le dejo una copia, profesor. Cuando usted disponga de tiempo revísela. Después, si le parece bien, concertamos otro encuentro.

Santiago: -(Al sillón, como un niño avergonzado) Cuando usted me llamó después de un mes, yo no había leído su trabajo. Pero acepté la cita. Me acuerdo que le hablé de generalidades, le aconsejé sobre actitudes para la investigación. (Se sonríe.) Me escuchaba embelesada. Después supe que todo lo que le estaba diciendo en realidad no aportaba nada nuevo a su tesis, pero su admiración por mí era muy grande. Mi ego se sintió halagado. La miré. Fue un momento. Usted tenía puesta una pollera. Cruzó las piernas. (Pausa). No pude evitar mirarle las

piernas. (Se asombra de sus palabras). No, perdón, no es eso lo que quería decirle.

Se levanta, comienza a caminar en círculos.

Al mes siguiente yo seguía con vaguedades. Me había entregado otro material, que fue a parar junto al primero sin ser revisado.

Pausa.

Cuando tuvimos el tercer encuentro le pedí que me contara cosas de su infancia, que me hablara de usted, de su vida.

Ana: (Con un poco de vergüenza) -Nací en el campo, en una casa grande. (Pausa). Mi cuerpo era como el de un muchachito. Me cortaban el pelo muy corto para que no se me enredara. Con mis hermanos, enlazábamos terneros, corríamos chanchos, andábamos a caballo, trepábamos a los árboles. Lo que más nos gustaba era arriar las vacas a la hora del tambo.

Mi mamá me enseñaba a colgar la ropa ordenándola por colores. Primero lo blanco grande, después lo blanco chico, lo de color medio, lo más oscuro, y al final la ropa negra. Los pantalones juntos, las medias juntas, las camisas juntas. Nunca pude hacer lo mismo en esta ciudad húmeda y apretada . Acá tengo que dejar la ropa como puedo, un día atrás del otro, sobre sillas y soguitas improvisadas.

Cuando yo tenía trece años ella se murió. Me quedé sola con Gustavo y Néstor, y mi papá. Eran más chicos ellos, y tuve que ocupar el lugar de mi mamá hasta que crecieron. Por eso empecé tarde a estudiar.

Tenía que cocinar, lavar los platos, ordenar la casa. Ya no tuve tiempo de arriar las vacas a la hora de la siesta.

Me dejé crecer el pelo.

Cuando a la tardecita terminaba de entrar la ropa, antes de preparar la cena, me sentaba a mirar el campo y me ponía a contar los postes, los árboles, los terrones de tierra, creo que para no pensar en mi mamá. Y antes de dormirme, por las

noches, volvía a verlos, y jugaba a contarlos de atrás para adelante, de arriba para abajo, buscando distintas formas de ordenarlos. Empujaba el recuerdo de ella, para que no apareciera, para que no me hiciera mal.

Creo que así nació mi amor por la matemática.

Santiago: - Esa noche, cuando llegué a casa, busqué el material, me puse a leerlo. (Pausa).

Una construcción sobre los fractales. Algo diferente, original. Me deslumbró.

Bella. Fuerte. Y además, inteligente. (Pausa).

¿Qué se hace frente a una mujer así? ¿Hay que escapar?

Esa noche soñé con los ojos de Ángela, más claros que nunca. (Pausa).

Y con sus piernas.

ESCENA V

Las fotos y el miedo

Germán y Ana. Almorzando.

Germán: - ¿Cómo vas con tu tesis?-

Ana: - Me va a llevar un tiempo más. No es fácil.

Germán: - Nunca elegís cosas fáciles.

Ana: (lo mira, sonrío) -No.

Se hacen algún mohín cómplice.

Pausa larga.

Germán: -Estás callada.

Ana: -¿Sí?-

Germán: (tierno)- Mirá que ya se me pasó ¿eh?

Ana: - Me di cuenta (le toma la cara entre las manos, lo besa) ¿Podés pasar por el secadero?-

Germán: - Sí, claro. No comiste nada.

Ana: - No tengo hambre.

Germán: - Hace varios días que comés poco.

Ana:- Se me cierra el estómago. Tengo como una sensación de asco.

Pausa. Se miran.

Germán:- Tendrías que ir al médico.

Ana: - Es cansancio. Ya se me va a pasar. (Pausa).¿Tenés guardia?

Germán: - No, hoy no.

Ana: -¿Querés que saque alguna película?-

Germán: - Puede ser.

Ana: -¿Qué?-

Germán: - No sé. Fijate.

Ana: -¿Siempre tengo que elegir yo?-

Ana se pone un saco, toma la cartera, besa a Germán.

Ana: -(Yéndose) Vuelvo como a las nueve.

Germán despeja la mesa. Descuelga las fotos que están en la soga. Las apila, les pone una faja. Escribe algo. Trae la cubeta. Busca en su mochila papel y yerba.

Arma un porro y mientras fuma comienza a sacar fotos húmedas de la cubeta. Las cuelga con cierto nerviosismo.

Germán: - Tienen que estar secas para antes de las nueve.

Las recorre con el dedo.

Fotografiar la muerte, cada día, tan cerca, tan distinta y tan idéntica en todos los cuerpos. Anestesiarse. Acostumbrarse. Olvidarse que es la muerte, que está ahí, que llega y no se va, que siempre llega, y sigue llegando, y se queda.

Pausa.

Saca de su mochila un sobre que contiene fotos de Ana. Comienza a jugar con ellas, como si fueran naipes, sobre la mesa. Sus movimientos se vuelven lentos.

Ella espera a que me duche, a que ponga la ropa en el lavadero, en remojo, antes de darme un beso. Cuando me saqué de encima el olor a sangre seca, a desinfectante, el último rastro que podía quedarme, recién ahí, me acerco, la abrazo y siento cómo late su cuerpo vivo, vivo de verdad.

Ana no se va a morir nunca.

Yo algún día no voy a volver de la morgue. Cada vez más, cuando llega un muerto nuevo, y me inclino a enmarcarlo, miro por el visor y me siento atraído por ese rostro como por un abismo.

A veces tengo terror de correr la manta y encontrarme con alguna cara conocida. La muerte me va a agarrar ahí, con la cámara en la mano, creyendo sorprenderme, pero yo la voy a sorprender a ella fotografiándola antes de que me alcance, antes de que me ponga la mano encima.

En cambio Ana no se va a morir. Yo sé que no se va a morir.

Mira con detenimiento las fotos de Ana, las reacomoda como si fueran fichas de un rompecabezas.

Tiene miedo. (Como si lo descubriera en las fotos). No sé por qué. Al principio tenía miedo de que la dejara. Pero eso pasó. Tenía complejo, por la edad. Tonta. No sabe que es una nena. Se cree grande, segura, independiente. Y cada vez que sonrío o llora tiene la misma carita que en la foto ésa que le sacaron en quinto grado.

La busca entre la pila de fotos. La encuentra. Sonríe.

La sentaron en el escritorio de la maestra entre un globo terráqueo y un diccionario, le pusieron un lápiz en la mano, un cuaderno, y le dijeron que mirara hacia la cámara. Salió con chispas en los ojos, mordiéndose apenas los labios, pícara, como conteniendo la risa, y el cuerpo flaquito en pose de directora de escuela. Pero tenía miedo.

Pausa.

Ahora es otro miedo. No sé si se da cuenta. Es un miedo sutil, fino, transparente. Como un papel de seda.

ESCENA VI

La confesión

Santiago y Ana en el jardín. Hay libros en la mesa. Ana tiene sobre su falda unos papeles sueltos, que revisa. Hace algunas anotaciones.

Ana: - (leyendo) "Russell oponía la noción de distancia a la de magnitud. Las distancias no son, en sentido estricto, indivisibles: se dejan dividir, precisamente en el caso en el que una determinación es capaz de ser una parte de la otra."

Santiago: - Pero contrariamente a los tamaños, las distancias no se dividen sin cambiar cada vez de naturaleza.

Ana: - La duración ¿no es lo indivisible?

Santiago: - No. Es lo que no se divide sin cambiar de naturaleza en cada división.

Por un instante quedan mirándose en silencio.

Santiago: -¿Cuánto hace ya que estamos trabajando?

Ana: - Como dos horas, creo.

Santiago: - No digo ahora. Desde que empezó con su tesis.

Ana: - ¡Ah! (Piensa) Casi cuatro meses. Todos los sábados. (Pausa). ¿Se dio cuenta que los días que nos vimos fueron todos de sol?

Santiago sonrío.

Santiago: -Ana, quería decirle...

Antes no tenía miedo de envejecer, tenía miedo de morir.

Muchas veces sentí cerca el fin. Sólo tenía que esperar. Jugar todos los días a descubrir nuevos acertijos, construir progresiones geométricas, una y otra vez.

Pausa.

Hasta que usted apareció.

Ahora no le tengo miedo a la muerte. Le tengo miedo a la vejez.

Pausa.

Se para. Camina alrededor de Ana, que empieza a jugar nerviosamente con los papeles.

Ana, yo... No sé cómo decirle. Usted despertó en mí sensaciones que creí perdidas para siempre. Cada noche al acostarme, se me aparece su rostro. Cierro los ojos y bajo por su cuello. La beso, le acaricio los hombros, los pechos.

Suspira. Se para detrás de Ana. Con un dedo, suavemente, comienza a recorrer su espalda. Ella cierra los ojos, se deja, sumisa.

Me siento capaz de amarla.

Quisiera despertarme por las mañanas y sentir su respiración, tenerla cerca..

La levanta, la abraza, impetuoso, con cierta violencia. Los papeles caen al suelo. La separa un poco, con suavidad.. Recogen los papeles.

Perdón, yo...

Ana: - No me pida disculpas. Yo también...

Santiago: -Shhh (le pone un dedo sobre los labios) ¿Es cariñosa usted? (Ana sonríe) Sí, claro. Y pícara.(Ríen). (Le acaricia la boca). ¿Puedo?

Ana le toma la cara entre las manos. Lo mira. Lo besa. Santiago le muerde los labios. Ana gime. Se abrazan con apasionamiento.

Pasa un tren.

ESCENA VII

Irse

Ana sentada, escribiendo. Llega Germán. Apenas entra se saca la ropa, hace un bulto. La tira en el lavadero, abre una canilla. Pasa corriendo hacia el baño.

Germán: - Me ducho y te saludo, mi amor. (Pausa). Te levantaste temprano. (Desde el baño). Va a haber sol hoy.

Ana: -Aprovecho y saco la ropa, todavía está húmeda.

Se oye el agua cayendo.

Ana: (descolgando la ropa de la soguita) -Los sábados me siento feliz. Es como si todos los demás días estuvieran ahí para llegar al sábado. Me despierto y pienso en Santiago. Que voy a llegar y me va a estar esperando. En medio de sus libros y sus números. Es como un chico. Juega con la matemática, hace poesía. Es brillante, incansable, sabio. Podría estar días enteros escuchándolo, mirándole las manos que hacen signos en el aire. Siento que todo lo que sabe es sólo para mí. Es como un río contenido durante mucho tiempo, y cuando llego, se desborda, me moja, me arrastra. Cuando no estoy se vuelve frágil, vulnerable. Durante la semana lo imagino trabajando sin parar para no dejar lugar a los deseos, a todo lo que le recuerde que es de carne.

Pausa.

Cuando te toco pienso cómo será a acariciar la piel de Santiago, sus arrugas. Siento que mi piel se va a ir pareciendo cada vez más a la suya, el olor, la textura...

Santiago se mete entre vos y yo cuando hacemos el amor. Como un papel de seda. Me mira desde tus ojos.

Me gusta eso. Me da vértigo. Me hace sentir viva.

Germán: (Saliendo del baño. La toma por la espalda, la besa.) - Hola.

Ana: -Hola

Germán: -¿Hablabas sola?

Ana: - No, hablaba con vos.

Germán: -¿Qué decías?-

Ana:- Nada. (Pausa). Que los sábados siempre hay sol.

Germán se queda mirándola.

Pausa larga.

Germán: -¿Lo voy a conocer?

Ana: -¿A quién?

Germán: - A tu profesor, Santiago.

Ana: - Sí, claro. Tengo que preguntarle.

Pausa.

Germán: -¿Sabés que estuve pensando? (Pausa)(Como imponiéndose entusiasmo).
Que cuando te recibas, nos vamos a ir.

Ana: - ¿Adónde?-

Germán: - A cualquier parte, a otro país.

Ana: - Antes no querías. -

Germán: - Ahora sí.

Ana: - ¿Por qué?

Germán: - Porque va a ser mejor. Cualquier lugar va a ser mejor.

Ana: - No sé, no estoy tan segura.

Germán: - Antes sí.

Ana: - Ahora es distinto. (Duda). Pero está bien, tal vez sea lo que hay que hacer. Escapar.

Germán: -¿Escapar?-

Germán la mira, esperando una respuesta.

Ana: - (Buscando qué decir) De... los papeles, (estruja la ropa que había destendido) de los días de humedad. De mis hermanos que se acuerdan que existo cuando tienen algún problema. De tus muertos. (Pausa). De mí. (Sale con intención de colgar la ropa afuera).

ESCENA VIII

El brindis y el sueño

Ana, Santiago y Germán, festejando en el jardín. Hacen un brindis. Se los ve artificialmente exaltados, incómodos.

Santiago: - Por la flamante licenciada.

Ana: - Por su infinita sabiduría-

Santiago: - Ana, por favor.

Germán: - Otra vez, brinden otra vez.

Germán busca su cámara y saca fotos de Ana y Santiago brindando. Ana cambia bruscamente.

Ana: (Le arrebató la cámara. La mira.) - No es la nueva-

Germán: - No andaba bien el flash. La llevé para que la revisaran.

Ana: - Justo hoy.

Santiago: -¿Funciona?-

Germán: - Sí, claro.

Santiago: - ¿Entonces Ana?-

Ana: -Usted no sabe. Esa cámara...

Germán:- Está muy usada. Ya sé.

Ana: - Guardala.

Germán: -Te prometo que un día la voy a tirar.

Pasa un tren.

Ana se sirve más champaña. Germán enfunda la cámara y la pone en su mochila

Germán: (A Santiago) -Ana vive hablando de usted. Lo admira.

Santiago: -Exagera.

Ana: -Es verdad. Usted hizo mucho más que guiarme en la tesis. Usted me ubicó de otra manera en la vida. Me contagió su fuerza, su pasión-

Santiago: - Mi pasión, usted la resucitó Ana. (Corrigiéndose, a Germán). Los jóvenes siempre nos ayudan a reencontrarla.

Ana: (un poco mareada, estimulada por el alcohol) -¿Saben? Anoche tuve un sueño: Mi papá y mis hermanos estaban parados frente a la casa. Yo iba corriendo junto con unos pollos de patas largas. "¡Se viene la tormenta!" me gritaban. "¡Corré!" Yo miraba hacia atrás, y una nube negra gigante se me venía encima. Cuando volvía a mirar adelante, la casa se estaba incendiando. Ellos no se daban cuenta. Yo sola veía el fuego. No sabía qué hacer, si seguir corriendo o dejar que me atrapara la tormenta. De pronto la lluvia se desató furiosa y empezó a juntarse con el fuego. Los pollos seguían corriendo, gritaban enloquecidos, se metían en la casa que se quemaba. Yo me quedaba parada. La cara de mi papá se mezclaba con la de Santiago. Extendía sus manos hacia el frente sosteniendo un papiro, como si fuera un trofeo. Con el gesto de un grito, pero sin sonido, pronunciaba mi nombre.

Abre exageradamente la boca imitando el grito silencioso. Comienza a llorar.

Tenía miedo de quemarme. Pero mi nombre llegaba hasta donde yo estaba y me arrastraba. (A Santiago) Cuando estuve frente a usted, me arrodillé. Extendí las manos para recibir el papiro, y la lluvia y el fuego desaparecieron. Quedé sola en medio del cielo rojo. Sabía que, en números y signos indescifrables, el papiro contendría la progresión última, la piedra alquímica, la razón de la vida y de la muerte, la fórmula del misterio. Lo abrí y no tenía nada escrito. El papiro estaba lleno de cascaruditos(Ríe.) Cascaruditos marrones brillantes, que se salían del papel y empezaban a caminar por el cuerpo. No me daba asco, me gustaba. (Comienza a girar, riendo). Un montón de cascaruditos subiéndome por las piernas. Me hacían cosquillas, me hacían sentirme viva.

Germán la detiene. Ella se abraza a él y se pone a llorar desconsolada.

Germán: (A Santiago, explicándole) -Cuando era chica juntaba cascaruditos, los ponía en cajas de fósforos, los llevaba a pasear. Era un juego. (A Ana, tratando de calmarla, con mucha ternura) Bueno, bueno. Ya pasa. (Disculpándose frente a Santiago) No está acostumbrada. Un poquito de alcohol la saca enseguida. (A Ana). Vamos, mi amor. Estás cansada. Vamos a casa.

Ana: (Como una nena caprichosa, mirando a Santiago) - Quiero quedarme.

Santiago: -Vayan, Ana. Ya es tarde. Le hará bien acostarse, y dormir.

Germán: -(casi arrastrando a Ana, le tiende la mano a Santiago) Gracias.-

Santiago: - (aprieta la mano de Germán) Cuídela.-

ESCENA IX

Los cascarudos

Santiago y Ana toman el té en el jardín. Los dos se miran en silencio. Santiago le toma las manos. Se las acaricia.

Santiago: (levantándose, va hacia el interior de la casa) - Quiero mostrarte algo.

Pausa.

Vuelve trayendo una cajita de madera. La abre. Saca un envoltorio de papel de seda.

Santiago: - El día en que festejamos tu título, ¿te acordás? Vos hablaste de cascaruditos en tu sueño. Esa noche no pude dormir. Me acosté temblando. Después de muchos años volví a desenvolver esta cajita. (Pausa). Mi mujer compró un día en una casa de antigüedades este bicho de cristal (le muestra un escarabajo). El dueño del negocio le dijo que lo había traído de Egipto, que era el símbolo de la eternidad. Desde esa vez, en cada viaje, nos pasábamos horas recorriendo viejas tiendas en la búsqueda de escarabajos. De madera, de metal, de piedra, de cristal.

Algunas noches los sacaba de la cajita, y los ponía en fila en la mesita de luz. Se dormía mirándolos.

Pausa.

Cuando la internamos me pidió que se los llevara al sanatorio.

La ayudé a sentarse en la cama, y con gran cuidado los fue desenvolviendo, uno por uno. Como una nena que jugaba los ordenó por colores y por tamaño, sobre la cama.

Pausa.

Se murió con los escarabajos mirándola.

Nunca se lo había contado a nadie. (Vuelve a tomar las manos de Ana). Es un secreto entre los dos.

ESCENA X

La despedida

Germán preparando su valija. Ana le ayuda. Acomoda ropa y selecciona fotos. Revisa negativos. Algunos los guarda. Otros los va tirando en un cesto.

Ana: (descolgando una remera y un calzoncillo de la soga) - Te los pongo en una bolsita. Todavía están un poco húmedos. -

Germán: (Toma la foto de Ana chiquita en la escuela. Se la muestra) -¿Puedo llevármela?-

Ana: - Sí mi amor. (Pausa) Las del día en que me dieron el título ¿las revelaste?-

Germán: - No salieron-

Ana: - ¿Cómo no salieron?-

Germán:- Se veló el rollo.

Pausa.

Vendí esa cámara, la de la morgue. (Pausa). Quería que sepas.

Silencio.

Germán mira a Ana que sigue doblando su ropa. Se acerca, se pone detrás de ella. La abraza.

Germán: - Te voy a extrañar tanto-

Ana: - Yo también-

Germán: -¿Sí?

Ana: - Claro, tonto.

Germán: -Prometeme.

Ana:- ¿Qué?-

Germán: -Que vas a ir.

Ana: - Cuando me den la licencia, me validen el título...

Germán: (Harto de escuchar lo mismo muchas veces, levantando la voz) -...Y consigas alquilar el departamento. Ya sé. Prometeme.

Ana: - Te prometo.

Germán: -¿Qué?

Ana:- Que voy a ir. Aunque sea a juntar naranjas.

Germán: - Me voy a morir si no vas.

Ana: - No digas eso. (Pausa) Puedo demorarme un poco, pero voy a ir.

Pausa.

Germán: - Nunca te dije que antes de estar con vos yo no había soñado.

Ana: - ¿Soñar de dormir?

Germán: -Claro.

Ana: - Todos sueñan, lo que pasa es que algunos no se acuerdan de los sueños.

Germán: -No, yo no soñé nunca. O bueno, si soñé, nunca me acordé. Desde que estoy con vos, empecé a soñar. O a acordarme, que es lo mismo. (Pausa). El primer sueño fue una pesadilla: estaba en la morgue, acababan de traer un muerto nuevo, y cuando me acerqué para sacarle la foto era la cabeza de Geniol. Esa de la propaganda que es el tipo pelado con clavos en la cabeza que sonrío

como un payaso maldito. Cuando era chico la veía siempre en la farmacia de mi tío. Me daba terror. La cabeza de Geniol me persiguió toda la noche.

Se miran. Se ríen. Pausa.

Anoche soñé con vos. Que tenías dos corazones.

Pausa.

Tengo miedo. (La toma de los brazos, la aprieta, la sacude.) Venite conmigo.

Ana: -Me hacés mal.

Germán se calma. Ella lo besa despacito por toda la cara.

Ana: - Todo va salir bien mi amor, ya vas a ver.

Como en un juego, Germán comienza a olerla y termina besándola con desesperación.

ESCENA XI

La efemeris

Ana y Santiago en el jardín.

Santiago: (Enojado) - No podés irte. ¿Quién vas a ser lejos del lugar donde naciste? ¿Cómo vas a construirte en un país que no te pertenece? Naciste acá por algo. Tenés un compromiso.

Ana: (Irónica) -Seguir trabajando en la administración pública y dedicarle a la matemática mis ratos libres.-

Santiago: - Tenés el título. Podés concursar.

Ana: - ¿Sin antecedentes? En cualquier lugar tengo más posibilidades que acá.

Santiago: (Como un niño chinchudo) - El que se va se convierte en otra persona. Pierde su centro. (Pausa) No es fácil, yo sé que no es fácil Ana. Pero vale la pena pelear. (Pausa).(Rogándole tierno). Quedate conmigo.

Se miran largamente. Ana intenta decir algo, pero se calla.

Santiago:- (Cierra los ojos con fuerza) Volvé. No tardes en volver. No envejecas lejos del olor de tu tierra, de los sonidos, de los colores que te pertenecieron desde la infancia. La vida pasa tan rápido.

Pasa un tren.

Cuando vuelvas, si volvés, yo ya no voy a estar.

Ana corre a abrazarlo.

Ana: - No digas eso.

Santiago: -Es así. (Pausa.) (Le acaricia la boca. Está por besarla, pero se contiene) ¿Nunca te hablé de la efemeris?

Con una voz casi fantasmal.

Hay un pequeño insecto que se llama "efemeris", es como una delicada libélula que vive sólo un día. Nace a la mañana, muere cuando se pone el sol, y todo su único día vuela feliz entre las flores.

Pausa.

Quedate conmigo Ana, en mi casa, en mi vida, hasta que mi día se acabe.

Ana: (Llorando quedamente) - No puedo, no puedo, aunque sea lo que más quiero.-

Santiago la toma por los hombros, la sacude con fuerza. Se arrepiente, la abraza, la acuna como si fuera una niña.

Ana: (Acurrucada en los brazos de Santiago) - Mi mamá me miraba y me decía: "Tengo las tetas cada vez más chiquitas. Mirá, son casi como las tuyas. Vos pronto serás una mujer". Mis tetas se agrandaban, las de mi mamá se secaban. Mientras yo crecía, mi mamá se moría. Ella no quería morir. Yo no podía dejar que se muriera.

No fui a su entierro. No la enterré. Se quedó viviendo adentro mío. Por mucho tiempo fui yo y mi mamá. Pero ahora no puede estar más. No hay lugar.

Pausa.

Estoy embarazada, Santiago. Es de Germán, pero... Hizo falta la mirada de dos hombres juntos para poder dejar que mi mamá muriera. Para que yo quedara vacía. Y me pudiera crecer un hijo.

¿Entendés por qué no puedo quedarme?

Santiago, temblando, toma el rostro de Ana entre sus manos. Lo acerca al suyo. Apoya su frente en la de ella. Lentamente va desplazando sus manos hasta el vientre de Ana, y allí se queda extasiado.

Ana se suelta, gira, le da la espalda. Intenta irse. Duda. Vuelve. Lentamente comienza a desvestirse.

ESCENA XII

La promesa

Ana en el departamento. Una valija y un bolso al lado de la única silla. Descuelga una bombacha, una remera, una pequeña toalla, las dobla, las coloca dentro del bolso. Desata las sogas, las enrolla. Las cuelga en el respaldo de la silla. Saca una cinta de negativos del cesto. La mira al trasluz. La va recorriendo despacio.

Ana: (Sonríe)-Había ido a ver bailar a Patricia. Vos estabas sacando fotos. Podrías haber elegido sentarte en otro lugar. No. Justo al lado. Me gustaba salir sola. Sentarme sola. Ese día no había mucha gente. Me molestaba el flash, los movimientos. Me distraía fácilmente. Quería cambiarme de lugar. Pero me daba no sé qué. Me pasé todo el espectáculo incubando una especie de odio. Decidí que cuando terminara la función te diría que por tu culpa no había podido ver nada. No es bueno comerse las broncas. Ya demasiadas me había tragado. Por eso tenía anginas tan seguido. Lo leí en un libro naturista. No. Ese año había decidido no enfermarme más. Aplausos. Se encendieron las luces. Te fuiste hacia atrás para sacar una foto del saludo final. Yo medía las distancias, para que no te me escaparas. Me levanté de la butaca, seguí aplaudiendo y caminé hacia atrás, despacio. Pasaste corriendo por el costado, hacia adelante, seguro que para sacar primeros planos. Me quedé parada. Dudé. La gente se levantaba para salir. Te perdí de vista. Decidí ir a saludar. ¿Qué le diría? No estuve atenta. Le dí un beso.

-¡Te felicito! ¡Sí! ¡Hermoso! Cambiate, después charlamos. -

Y apareciste: -Para mañana tengo las muestras.-

- Es Germán, hace muy buenas fotos.-

- Ana. Nada que ver con el ambiente.

Cuando estaba a punto de decirte que podías ser muy buen fotógrafo pero que me habías molestado demasiado, me sonreíste como de compromiso. Te quedaste mirándome. No sé. Tenías los ojos tan tristes. Como pozos de agua. No te dije nada. Me invitaste a tomar un café.

Pausa.

Al principio yo no quería. Pero vos insististe. (Pausa). Eras extraño. Parecías mucho más grande. Había algo oscuro en vos que me atraía como un abismo.

Pausa.

Cada vez que hacíamos el amor era como si se me fuera un poco de vida. Hasta que la imagen de Santiago se me empezó a aparecer. Como un brillo que borraba la sensación de la muerte. Eran los dos amándome. Su cuerpo y sus ojos metiéndose en los tuyos.

Pausa. Toma otra cinta. Fija la mirada.

Me mentiste. El rollo no se veló.

Pausa.

Lejos, ya no se va a mezclar más tu piel con la piel flácida, con los pliegues de las arrugas, la mirada con la mirada. Lejos voy a dejar de sentirme estirada entre los dos. Tendida. Extendida. Así, doblemente amada. (Va estirando el negativo hasta romperlo).

(Se pone a llorar).

ESCENA XIII

El último encuentro

Ana llega al jardín. Santiago está sentado en uno de los sillones, jugando con sus manos. Ella se queda mirándolo. Santiago no la mira. Largo silencio. Pasa un tren.

Santiago: - Escuchá. Pasan los trenes. Esos que llevan de la gran ciudad a los barrios, a las localidades próximas, tan próximas que no se distinguen unas de otras, que se encadenan, que dilatan la capital en un dibujo continuo de edificios y casas y calles y gentes. (Sonríe).

Como tus fractales.

A toda hora. De día. De noche. El temblor de los rieles está acá, en la casa, en las plantas, en los muebles, en mí. Tantos años. No sé si podría seguir viviendo sin ese temblor. Cuando estoy lejos, en otra ciudad, sin trenes, llevo el rumor

metido en mí. Muy de vez en cuando lo reconozco, hago consciente su presencia, y mi pertenencia, a ese murmullo de trenes que me pasan y me pasan por adentro.

Pausa.

Sueño con vivir mis últimos años en un paisaje abierto, silencioso. Pero me hago trampa: me invento obligaciones, dependencias, formalidades. Ahí están los trenes. Las vías son líneas que se salen de su cauce, atraviesan mi jardín, entran a mi casa, a mi alma. Estoy atrapado entre esas paralelas laberínticas.

Se hurga las manos.

Mientras pasan los trenes, el mundo duerme y yo sigo buscando. Aquí están: el perfume de los jazmines, el último latido de mi mujer, mis libros, la juventud, las tardes de siesta con mis hermanos, mi padre, mi madre, los sueños. Mi cuerpo joven. Tu cuerpo, Ana. El hijo que no tengo.

Pausa.

Lo que ya no existe está acá. Alguna vez todo estuvo al alcance de mis manos.

Estira las manos, tocando formas imaginarias.

Pero cuando me acerqué, y acaricié y tomé, todo empezó a disolverse. (Pausa).
Todo lo que toco deja de existir.

Silencio.

¿Y yo?

¿Cuándo llegará la mano que por fin me borre?

Se echa hacia atrás, con un suspiro.

Estoy tan cansado.

Ana se acerca por detrás, le acaricia la cabeza.

Ana: -No hay que cansarse, no se debe. Hay que persistir en el enigma, hasta el final.

Usted me lo enseñó profesor.

Usted es la vida.

Largo silencio.

Santiago: (Riendo) - Yo, la vida. (Pausa) ¿Viniste a despedirte?-

Silencio.

Santiago se levanta. Va hacia el interior de la casa. Trae un paquete que tiende a Ana.

Santiago: - Es para vos.

Ana abre el paquete. Es la cajita de los escarabajos.

Ana: -Pero...

Santiago: - No serán precisamente cascarudos, pero... son de la familia ¿no?
Cuando yo ya no esté quién sabe adónde van a ir a parar. Ángela estaría contenta de saber que se quedan con vos.

Se abrazan.

ESCENA XIV

La decisión

Ana en el departamento. Da vueltas alrededor de la valija. Se sienta. Se toma el vientre entre las manos. Se acaricia. Permanece unos instantes con la mirada perdida. Luego, enérgica, se levanta y comienza a desarmar la valija.

Ana: - No. Todavía no. Ahora no. Vamos a esperar, hijito, a que pase todo este dolor. Nos vamos a quedar los dos solos. Hasta que mamá se cure.

Pausa.

Toma el regalo de Santiago. Comienza a desenvolverlo.

El amor es como papel de seda. Tan sutil, tan fino, tan frágil. A través de él se puede ver al otro. No nítido, sino como una imagen presentida, soñada, nunca del todo real.

Va sacando los escarabajos, los pone en fila.

Puede deslizarse sin ocupar espacio. Puede introducirse en la grieta más chiquita, y permanecer mucho tiempo sin ser descubierto. Hasta que un roce, un parpadeo, un rasguño, delata su presencia.

Con el papel de seda hace un bollito. Lo pone en la fila de los escarabajos.

Puede desdibujar las formas y confundir los bordes de la carne. Puede borrar en los límites de la admiración o de la compasión. Puede romperse, doblarse. Pero donde esté, duele.

Pausa.

Toma el bollito de papel, lo alisa.

Vamos a escribir cartas. Cartas muy largas que crucen el mar. Otras, que atraviesen la ciudad. Y otras para nosotros, tratando de explicar, tratando de entender.

Sí. Vamos a escribir muchas cartas. Hasta que pase el dolor.

Muchas cartas.

Todas en papel de seda.

Muy lejos, casi fantasmal, se escucha pasar un tren.

Final.

María Rosa Pfeiffer. Correo electrónico: mar_pfeiffer@yahoo.com.ar

Todos los derechos reservados

Buenos Aires. 2010

CELCIT. Centro Latinoamericano de Creación e Investigación Teatral

Presidente: Juan Carlos Gené. Director: Carlos Ianni

Buenos Aires. Argentina. www.celcit.org.ar. correo electrónico:

correo@celcit.org.ar